



## CARTA A DIOS

Amadisimo Padre Celestial:

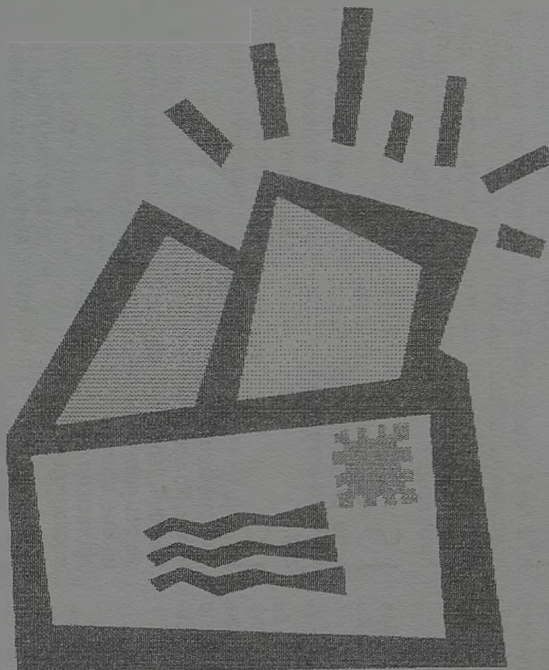
Perdona el que pretenda aspirar a la más suprema categoría como es la de dirigirme a Ti, ya que no creo ser digna de este maravilloso privilegio, pero un fuerte impulso me obligó a ello, al tener referencia de que por la Caja Postal de Ahorros se convocaba un concurso literario denominado "La carta de oro", y no he tenido por menos el verme tentada a participar con este hermoso tema, eligiéndote a Ti como destinatario, y que un Ángel del cielo, por cartero, haga llegar a tus benditas manos mi epístola, llena de amor, devoción y mi más grandiosa admiración. Además, ¿existe algo más sublime en el mundo que Tú, Dios Todopoderoso? Y, ¿hay algo más elevado que el Cielo, tu infinita Morada, hacia donde va dirigida mi carta?

Por otra parte quisiera que estas modestas líneas me sirviesen de antesala para que el día que me llames a tu seno, ya tengas anunciada, de antemano, mi visita y pueda postrarme de hinojos a tus pies, para pedirte perdón por todos aquellos errores que haya podido cometer a lo largo de mi existencia, y que hoy, aún en la tierra, te ruego humilde y sinceramente, que me perdones y, sobre todo, te doy las gracias por la vida que me diste, que sólo a Ti te la debo, a tu imagen y semejanza.

No pretendo que esta carta suene a oración. Solamente quiero hablarte, utilizando un lenguaje sencillo, pero pronunciado con el corazón.

Señor, yo no sé qué puedo decirte que Tú ya no sepas sobre mi persona, mas quiero expresarte, a través de estas letras, una y mil veces, que te adoro con toda mi alma y sobre todas las cosas, ya que el único y sincero amor que prevalece en mi ser eres Tú, ¡Dios Divino! Tú que nunca me abandonaste y aunque desgraciadamente la vida me sometió a pruebas amargas y dolorosas, siempre estuviste a mi lado en el momento requerido, ayudando a levantarme cuando desvanecía a consecuencia de los múltiples contratiempos que cada uno de ellos producían una llaga en mi corazón.

Hoy, añorando el pasado, elevo mi vista al Cielo y queriendo ver a través de su manto azul todo aquello que se fue, me invade tan profunda nostalgia y melancolía, que de mis ojos (y aunque yo quiera impedirlo) brotan raudales de lágrimas, porque al recordar paso a paso las distintas facetas desde el inicio de nuestros días, que han transcurrido tan velozmente cual una ráfaga de viento, me embargan de tristeza.



Nuestro comienzo, la niñez: candorosa y angelical niñez, en la que con nuestra original ingenuidad, nos hace creer en los Reyes Magos y en las hadas de los cuentos, llegando así a la pubertad, ese botón rosa pugnando por salir de su tallo para descubrir el exterior y dar paso a la adolescencia; ¡maravillosa adolescencia!, en la que forja nuestra imaginación un mundo de ilusiones, de sueños, de castillos encantados en las nubes, dibujando sonrisas de espejos en el cielo, pianos de oro interpretando dulces melodías y coro de ángeles entonando cánticos tan sutiles que llegan a nuestros oídos como susurros de amor.

Después llega la etapa de la madurez en que nos hacemos adultos y ya vamos comenzando a ver la